

corazón con ansias inefables, alza su raudo vuelo á través de los aires, hacia la colina paterna, hacia la verde pradera de los pájaros. Allí cantaré en honor de la mujer querida: ¡qué me importa que no le guste al cuervo el inspirado canto del trovador! adiós, maestros... pedantes...

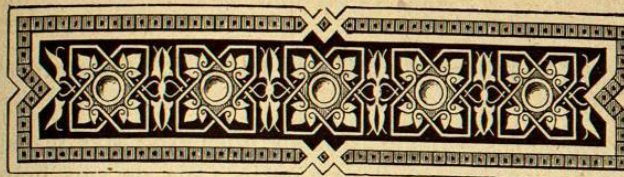
(Retira la silla con desdén y orgullo y se dispone á salir.)

SACHS *(escuchando el canto de Walther)*. ¡Qué fuego! qué inspiración! oídle, maestros! Sachs os lo ruega. Señor juez, ¡un poco de calma! dejad que oigan los demás... en vano, es inútil,... nadie se entiende, nadie quiere escucharle, y sin embargo, él continúa. Mucho valor es: ¡tiene un gran corazón! es un verdadero artista!

APRENDICES *(que ya se habian levantado de los bancos, se ponen á bailar al rededor de la tarima cantando)*.— ¡Viva! viva! él se lleva el premio!

BECKMESSER.— ¡Á votar! maestros, ¡á votar!
(La mayoría levanta la mano.)

MAESTROS.—Muy mal, muy mal, ha perdido.
(Se van manifestándose disgustados.— Gran confusión. Los aprendices invaden los bancos y la tribuna del juez. Sachs que se queda solo en el proscenio, mira pensativo en torno suyo y con gesto de cómica impaciencia vuelve la espalda. Cae el telón.)



ACTO II

El escenario representa una calle cortada en el fondo por un tortuoso callejón, con dos casas en las esquinas. La de la derecha, de mejor aspecto, es la de Juan Pogner; la de la izquierda, de menos apariencia, es la de Juan Sachs. Conduce á la de Pogner una escalera y tiene una puerta abovedada, con bancos de piedra. Junto á la misma habrá un tilo de tronco muy grueso y rodeado de maleza. Delante de él, otro banco de piedra.—La entrada de la casa de Sachs, mira también al espectador. La puerta de la tienda conduce directamente al taller. Habrá dos ventanas que den á la calle; la una es del taller; la otra de las habitaciones interiores. Habrá un saúco, cuyos ramos cuelgan hacia la tienda. Todas las casas y ventanas son practicables. La acción se supone en una tarde de verano. Al levantarse el telón, la escena estará alumbrada. Va anocheciendo lentamente.—Sale David cerrando los postigos. Algunos aprendices hacen lo mismo, desde otras ventanas.

APRENDICES *(trabajando)*.— ¡Día de san Juan! Día de san Juan! día de flores y regocijos!

DAVID.— ¡Ah! si pronto alcanzase la guirnalda!

MAGDALENA *(saliendo de la casa de Pogner con una cesta bajo el brazo y acercándose á David sin ser vista)*.—

¡Pst! pst! David!

DAVID *(volviéndose)*.— ¡Otra vez me llamáis!... *(A los*

aprendices.) Siempre salís con vuestras necias canciones!...

APRENDICES.—David ¿qué significa eso? Más te valdría no ser tan orgulloso y necio. ¡Día de san Juan! día de san Juan! Este no quiere tratar con Magdalena.

MAGDALENA.—¡Oye, David!... vuélvete!...

DAVID.—¿V. aquí?

MAGDALENA (*indicando la cesta*).—Aquí te traigo algo bueno. Mira; esto ha de ser para ti, si me cuentas lo que le ha pasado al caballero; ¿qué le aconsejaste? ¿ha ganado el premio?

DAVID.—¡Ay, Magdalena! Malo se ha puesto! Ha cantado muy mal, y ha perdido.

MAGDALENA.—¿Ha cantado mal y ha perdido?

DAVID.—¿Y á ti qué te importa?

MAGDALENA (*retirando el cesto, en el punto en que David extiende hacia él la mano*).—¡Quietas las manos! que no hay nada para ti, goloso! qué lástima, que haya perdido nuestro hidalgo!
(*Vuélvese con muestras de tristeza á su casa. David la sigue con la vista.*)

APRENDICES (*se han ido acercando poco á poco y rodean á David felicitándole*).—Felicitamos al joven caballero por su matrimonio! con qué suerte hace el amor! Todo lo hemos visto y oído... La muchacha á quien ha consagrado su amor... le retira la cesta (1).

DAVID (*furioso*).—¿Qué hacéis aquí, holgazanes? ¡Silencio!... Chitón!

APRENDICES (*bailando al rededor de David*).—¡Día de san Juan! día de san Juan! Cada cual corteja á su gusto; el viejo á la niña; el joven á la vieja; el maestro como el muchacho: ¡qué júbilo! qué fiesta! Viva la fiesta de san Juan!

(1) Frase equívoca que en alemán significa también rehusa la solicitud de un amante.

(*David encolerizado, va á pegarles, cuando sale Sachs y se interpone entre ellos. Los muchachos se van en tropel.*)

SACHS.—¿Qué pasa? ¿otra vez riñendo?

DAVID.—¿Yo? estaban cantando coplas indecentes.

SACHS.—Pues no las escuches; y procura aprender otras mejores. Vaya, chitón; á casa; cierra la puerta y enciende la luz.

DAVID.—¿Y no puedo ir á dar lección de canto?

SACHS.—No; hoy no cantarás; en castigo á tu mala conducta pondrás los zapatos nuevos en la horma.

(*Ambos entran en el taller y desaparecen por la puerta interior.*)

(*Salen Pogner y Eva y como volviendo de paseo cogidos del brazo, suben por el callejón, pensativos y silenciosos.*)

POGNER (*mirando por una de las rendijas de la ventana de Sachs*).—Vamos á ver si nuestro vecino Sachs está en casa; desearía hablarle. ¿Qué te parece si entrase?
(*David sale con la luz y se pone á trabajar á su velador, junto á la ventana.*)

EVA.—Me parece que está en casa, porque veo luz dentro.

POGNER.—¿Entraré? ¿y para qué, después de todo? ¡vale más que no vaya! Cómo convencer á un hombre tan raro! (*Después de reflexionar un instante.*) Hasta ahora él no creyó seguramente que yo errase, y sin embargo no salgo nunca de lo que me imponen los preceptos. No era este su modo de obrar... Quizás le mueve ahora el amor propio... (*A Eva.*) ¿Y tú no dices nada?

EVA.—La hija obediente sólo habla cuando le preguntan.

POGNER.—¡Qué prudencia y qué bondad! Ven; siéntate aquí un momento en este banco, á mi lado.

(*Se sienta en el banco de piedra debajo del tilo.*)

EVA.—¿No siente V. el fresco? Hoy ha hecho mucho calor.

POGNER.—Al contrario; la temperatura está muy agradable esta tarde. (*Eva se sienta con tristeza.*) ¡Feliz anuncio del hermoso día que ha de lucir para ti mañana! ¿No te dicen los latidos de tu corazón, la dicha que mañana te aguarda cuando te veas rodeada de toda la ciudad de Nuremberg, y de altos consejeros, con la municipalidad y ciudadanos, gremios y pueblo, y adelantándote entregarás la guirnalda y elegirás por esposo al maestro que mejor te parezca?

EVA.—Querido padre ¿y ha de ser maestro precisamente?

POGNER.—Sí, hija mía; pero entiéndelo bien, el maestro que tú elijas.

(*Sale Magdalena y hace señas á Eva.*)

EVA (*distraída*).—Sí, ya entiendo! el que yo elija! Pero entremos en seguida. ¡Margarita! ¿está la cena?

POGNER (*levantándose contrariado*).—¿Y no tenemos convidado hoy?

EVA (*distraída*).—¡El hidalgo quizá!

POGNER (*con sorpresa*).—¿Cómo?

EVA.—¿No le has visto hoy?

POGNER.—(Sí y no me dejó muy satisfecho.) Pero ¡qué estoy diciendo! qué necio soy!

EVA.—Vamos, papaito; vaya V. á mudarse la ropa.

POGNER (*entra en la casa*).—¡Pero qué me está pasando! ¡hum! hum!

MAGDALENA (*con sigilo*).—¿Has sabido algo?

EVA (*con sigilo*).—Mi padre no me ha dicho una palabra.

MAGDALENA.—David me decía que ha perdido.

EVA.—¡El caballero! Dios mío! qué voy á hacer! qué angustia! ¿dónde podré averiguarlo?

MAGDALENA.—Tal vez Sachs...

EVA.—Es verdad, ¡me quiere tanto! iré á verle...

MAGDALENA.—Pero mucho cuidado; tu padre va á sospechar algo si nos quedamos aquí más tiempo. Después de cenar te diré lo que álguien me ha confiado en secreto...

EVA.—¿Quién, el hidalgo?...

MAGDALENA.—No, nada de eso, Beckmesser...

EVA.—¡Bueno será!

(*Entran en casa. Sachs vuelve sencillamente vestido en ropa de casa, entra en su taller y se sienta á la mesita junto á David.*)

SACHS.—Veamos... está bien. Ponme á la puerta mi mesa y taburete: ahora puedes ir á acostarte, pero has de madrugar... á ver si el sueño te alivia de tu estupidez...

DAVID (*arreglando la mesa y la silla*).—¿Va V. á trabajar todavía?

SACHS.—¿Á ti qué te importa?

DAVID.—(¿Qué tendrá Magdalena? ¿quién sabe? ¿por qué velará el maestro esta noche?)

SACHS.—¿Todavía estás aquí?

DAVID.—Buenas noches, maestro.

SACHS.—Buenas noches.

(*Vase David, Sachs se dispone á trabajar, se sienta en el taburete, apoyando el brazo en el alféizar de la ventana.*)

SACHS.—¡Qué olor despide ese saúco! ¡me siento conmovido é inspirado! Parece que me invita á componer! ¿pero qué valen mis versos, pobre y sencillo como soy? Así descuido mi trabajo, cuando mejor fuera que me dejase de poesías y me entretuviese en tender el cuero (*se pone á trabajar y á poco queda pensativo*). Y sin embargo, lo siento, no puedo resistir, no puedo olvidar, no puedo contenerme... ¡Cómo explicar lo que me parecía infinito! ¡lo que sin corresponder á ninguna regla, no tiene incorrecciones! Viejo era el canto, y á pesar de todo parecía tan nuevo co-

mo el de los pájaros en Mayo. El que lo oye queda embelesado y le parece que le seguiría. ¡Cómo puede merecer este canto la derrota! Sin duda, la primavera le impuso tan dulce obligación y él canta espontáneamente obedeciendo á ella... Y cantó como debía... Gran pico tenía el pájaro... ¡qué susto se llevaron los maestros!... pero lo que es á Sachs, le gustó soberanamente.

(Sale Eva y, acechando, se acerca con timidez á la puerta de Sachs presentándose de repente.)

EVA.—Buenas tardes, maestro; ¿todavía tan ocupado?

SACHS (agradablemente sorprendido, se levanta de golpe).—¡ Ah! hija ¿ tan tarde, por acá? Ya supongo á qué vienes... Vendrás á hablarme de los zapatos nuevos ¿ verdad?...

EVA.—No, señor; ¡ qué error! todavía no me los he probado; son tan lindos y tan ricamente adornados, que no me atrevo á calzármelos.

SACHS.—Pero mañana tendrás que ponértelos como novia.

EVA (que se ha sentado en el banco de piedra cerca de Sachs).—¿ Y quién va á ser el novio?

SACHS.—¡ Qué sé yo!

EVA.—¿ Y por dónde sabe V. que yo soy novia?

SACHS.—Toma ¡ si lo sabe toda la ciudad!

EVA.—Pues entonces, está V. muy bien informado. Yo creí que sabía V. más...

SACHS.—¿ Qué es ello?

EVA.—¡ Esta es buena!... tendré que decirlo yo. ¿ Soy muy inocente, verdad?... ¿ Qué ladino es V.?

SACHS.—Yo no digo eso.

EVA.—Entonces V. no sabe nada. V. no dice nada. Ya veo que es cierto el adagio: mucha diferencia va de la pez á la cera. Yo le creía á V. más perspicaz.

SACHS.—Niña; á mi me es tan familiar la pez como la cera. Con una ablando los hilos de seda, con la otra



he cosido bonitos zapatos, y hoy los hago con hilo más grosero.

EVA.—¿Y para qué parroquianos son estos? ¿Quién es él? ¿Es buen sujeto?

SACHS.—¡Ya lo creo! es muy osado y dispuesto á ganar el premio... Estos zapatos son para Beckmesser...

EVA.—Póngales V. mucha pez; á ver si queda pegado y me deja tranquila.

SACHS.—Él se figura que va á casarse contigo en premio.

EVA.—¿Y cómo puede él conseguir mi mano?

SACHS.—Es soltero y en el gremio hay pocos.

EVA.—¿Y no podría obtenerlo un viudo?

SACHS.—Ese es demasiado viejo para ti.

EVA.—¿Cómo, viejo? Aquí se trata del arte; el que lo entienda puede aspirar á mí, sea quien fuere.

SACHS.—¡Ay, Eva, Eva! ¡me haces concebir ciertas ilusiones!

EVA.—Yo, no. V. es muy chancero; confiese que V. es muy voluble. Sabe Dios quién dominará ahora en su corazón, cuando hace tantos años que pensaba poseer su cariño.

SACHS.—¿Por qué me gustaba llevarte en brazos?

EVA.—Supongo que sería porque no tiene V. hijos.

SACHS.—No; porque entonces yo tenía mujer é hijos.

EVA.—Pero cuando se murió la mujer, yo fui creciendo.

SACHS.—Y te hiciste muy guapa.

EVA.—Por eso creí que me tomaría V. por esposa y niña al mismo tiempo.

SACHS.—¡Ojalá tuviese yo una esposa y una niña! ¡qué grato sería para mí!... ¡buena ocurrencia!

EVA.—¡Vamos, que V. se burla! Ya sé yo que sería usted capaz de que se me llevara en premio el tal Beckmesser.

SACHS.—¿Qué puedo yo hacer si él lo obtiene? Sólo tu padre podría remediarlo.

EVA.—Me parece que ha perdido V. el juicio... cuando precisamente venía yo buscándolo...

SACHS.—Verdad, ¡qué cabeza la mía! Dispénsame, he tenido un gran disgusto y estoy muy perturbado.

EVA.—Habrá sido en la escuela, ¿verdad? Como hoy ha habido sesión...

SACHS.—Sí tal; lo que me preocupa es el certamen.

EVA.—¿Por qué no lo ha dicho V. desde luego?... entonces yo no le hubiera abrumado á preguntas. ¿Y quién era el aspirante?...

SACHS.—Un hidalgo, niña, muy ignorante... por cierto.

EVA.—¿Un hidalgo? ¿y fué aceptado?

SACHS.—Todo lo contrario: fué muy reñida la discusión.

EVA.—Pero ¿qué sucedió?... Si V. está disgustado, ¿cómo puedo estar tranquila yo? Esto quiere decir que no fué recibido...

SACHS.—En efecto; cantó tan mal, que perdió.

MAGDALENA (*sale de la casa y llama en voz baja*).—Eva, Eva, psit... psit...

EVA.—¿Cómo es eso? ¿perdió?... ¿tan malo era el canto que no pudo alcanzar el título?...

SACHS.—Hija mía, perdió y en ninguna parte le concederán que sea maestro, pues el que ya nació tal, es mal mirado por los demás.

MAGDALENA (*acercándose*).—Tu padre te llama.

EVA.—Déjame... ¿y no tuvo quién le protegiera?

SACHS.—¡Bueno fuera!... ¡ser amigo suyo! Como todos se sienten tan pequeños delante de él, nadie quiere ser su amigo. Váyase el hidalgo orgulloso en hora mala y déjenos gozar tranquilamente lo que hemos aprendido con tantos esfuerzos. Aquí nos molesta; pruebe fortuna en otro lado.

EVA (*levantándose con viveza*).—Sí, en otra parte hallará quien le aplauda, donde haya corazones más sensibles que el del pérfido Juan, y no entre vosotros, ¡envidiosos! (*A Magdalena*.) Voy en seguida... ¿Qué consuelo pueden darme aquí... donde huele todo á pez...? Al menos si ardiera, daría calor...

(*Atraviesa muy agitada la calle, y se para en la puerta de su casa*.)

SACHS (*moviendo la cabeza pensativo*).—¡Ya me figuraba yo esto! ¡Esto es cosa de reflexionarlo!

(*En esto, Sachs sigue ocupado en cerrar los postigos, de modo que se percibe poca luz y desaparece casi por completo*.)

MAGDALENA.—Por Dios, ¿por qué has tardado tanto? tu padre llamaba.

EVA.—Vé á decirle que estoy en cama.

MAGDALENA.—No; óyeme; he encontrado á Beckmesser y dice que vendrá á darte una serenata de violín y canto, y será forzoso que te asomes á la ventana. Por lo visto confía que te gustará y que podrá conquistarte.

EVA.—Esto nos faltaba; si viniese solo, menos mal.

MAGDALENA.—¿Has visto á David?

EVA.—¿Qué tengo que ver con él?

MAGDALENA.—(Le traté con demasiado rigor; temo que esté afligido.)

EVA.—¿No distingues todavía nada?

MAGDALENA.—Parece que viene gente.

EVA.—Si fuese él...

MAGDALENA.—Vámonos ahora... subamos...

EVA.—No quiero irme hasta ver á quién amo.

MAGDALENA.—No es él; me equivocaba; vente, créeme, sino tu padre va á sospechar.

EVA.—¡Qué miedo tengo!

MAGDALENA.—Vamos á ver cómo nos desharemos de Beckmesser.

EVA.—Tú te asomará por mí á la ventana.

MAGDALENA.—¿Cómo?... ¡yo! no quiero. David tendría celos; la ventana de su cuarto da á la calle, ¡estaría bueno!... ja... ja... ja...

EVA.—Oigo pasos.

MAGDALENA.—Vénte ahora.

EVA.—Se acercan...

MAGDALENA.—Te equivocas, no es nada. Te lo aseguro. Ven, ven; tu padre ya se ha acostado.

POGNER (*dentro*).—¡Eh! Magdalena, Eva...

MAGDALENA.—¿Oyes?... el tiempo urge, y quién sabe dónde está el caballero.

(*En esto Walther sube por la calle y dobla la esquina de la casa de Pogner en el momento en que Eva se retiraba cogida del brazo de Magdalena. Al verle la niña, suelta un grito y corre al encuentro de Walther.*)

EVA.—Aquí está.

MAGDALENA (*entrando en la casa*).—Ahora están juntos; hay que vigilarles.

EVA (*fuera de sí*).—¡Eres tú!... no, no lo eres... Tú que lo sabes todo, á quien confío mis penas, mi único amigo..... ¡el laureado!

WALTHER (*con pasión*).—¡Ah! te engañas; soy tu amigo, es verdad, pero no el laureado. No alcancé á igualar á los maestros; desprecian mi canto y me es imposible aspirar á la mano de mi amiga.

EVA.—Pero como ella es la que confiere el premio, la única que reconoce tu mérito, sólo á ti elegirá.

WALTHER.—Te equivocas; aunque tu padre no te destinase á otro, tendría que renunciar á tu mano. «El novio de mi hija debe ser maestro cantor, y sólo quien haya obtenido el premio, será su esposo.» Así dijo tu padre delante de aquellos señores, y no puede retractarse aunque quisiese. Esto me dió valor y aunque todo me parecía extraño... canté... canté con fuego y pasión para obtener el título... Pero ¡estos maes-

tros!... ¡estos maestros!... ¡cuando sus versos son de remendones!... ¡Ah! ¡siento reavivarse mi cólera, me palpita el corazón con sólo recordar en qué trampa fui á caer! Lejos de aquí, en mi país, en mi estado libre, soy dueño de mi casa; ¿quieres ser mi esposa? ¿te atreverás á seguirme? ¡huyamos! ¡no queda otro camino, ni otra esperanza! Por donde quiera, me parece verme rodeado de los maestros, como turba de maléficos genios, burlándose de mí, juntándose por calles y talleres, como durante el canto, gesticulando, cuchicheando, rodeándote y pidiendo con voz ronca tu mano, como novia ofrecida al mejor cantor; oigo cómo te alaban, balbucientes y conmovidos... ¡y he de sufrirlo yo, sin pegarles! (*Suena la bocina del sereno.—Walther echa mano á la espada con altivez.*) ¡Ah!

EVA (*con ternura y deteniéndole*).—No te irrites así; es el sereno; escóndete pronto detrás del tilo, que va á pasar por aquí.

MAGDALENA (*en voz baja desde la puerta*).—¡Eva! ¡ya es hora! ¡ven, corre!

WALTHER.—¿Cómo! ¿te vas?

EVA.—¿No debo?...

WALTHER.—¿Huyes?

EVA.—Sí; del tribunal de los maestros.

(*Vase corriendo con Magdalena.*)

EL SERENO.—Oíd: las diez han dado; cubrid el fuego; apagad la luz; cuidad de que para nadie resulte daño; ¡alabado sea Dios!

(*Vase y suena otra vez la bocina.*)

SACHS (*que habia escuchado, detrás de la puerta, el anterior diálogo, entreabre la puerta*).—¡Malo, malo, ¡proyectan un rapto! ¡no puedo permitirlo!

WALTHER (*detrás del tilo*).—Si no volviese ¡qué angustia! Ella vuelve ¡oh desdicha! ¡es la vieja!... No; ¡ella es!...

EVA (*sale vestida con el traje de Magdalena y se dirige á*